

ENTRE DOS LUCES: MEMORIA Y REMEMORACIÓN EN PADRES IMAGINARIOS: AUTOBIOGRAFÍA FAMILIAR DE SHEILA Y SANDRA ORTIZ TAYLOR

MARY S. VÁSQUEZ
(Davidson College - Carolina del Norte)

En memoria de Asunción José Vásquez

En julio del 99, en la revista estadounidense *People*, se informó que Salma Hayek había comentado sobre Jennifer López que estaba ésta en un gran error al pretender llamarse latina, ya que no era de Latinoamérica sino de Estados Unidos y que ni siquiera dominaba la lengua, el español. Si el roce, si es que en realidad lo hay, entre estas dos figuras de la cultura popular se basa en la rivalidad, la territorialidad profesional que se extiende, en el comentario atribuido a Salma Hayek, a los territorios nacionales, hay inherente en estas palabras una problemática compuesta de léxico, historias nacionales en pugna, arbitrariedades políticas y autodefiniciones de un pueblo y otro(s), por una parte, y por otro lado, una cuestión de definiciones ante una realidad en flujo, en plena expansión. Como esta problemática se refleja de manera central en el texto testimonial cuyo análisis se propone en estas páginas, *Imaginary Parents: A Family Autobiography* (Padres imaginarios: Autobiografía familiar) (1996), conviene, a modo de aproximación a este texto testimonial, entrar en este terreno debatido y reflexionar sobre la presencia hispana en Estados Unidos, presencia en explosión que está transformando de modo significativo la sociedad y la cultural del país.

En Estados Unidos, el latino es aquella persona hispana que ha llegado al país y se ha quedado, y/o los hijos, nietos, biznietos de esta persona o, en el caso del chicano, que sólo existió a partir de 1848, el que se quedó en tierra propia, pronto o tarde ex-apropiada, y a los descendientes de esta persona. El chicano, o como muchos prefieren llamarse, el mexicano, méxicoamericano o mexicano-americano, es la persona cuya ascendencia es mexicana y que ha venido de México a vivir y fundar su familia. En palabras de John R. Chávez en su texto histórico *The Lost Land: The Chicano Image of the Southwest* (La tierra perdida: La imagen chicana del Sudoeste [de Estados Unidos]) (1984), los mexicanos en los nuevos territorios y estados, ya estadounidenses, “veían la región como una tierra suya ya perdida y a sí mismos como nativos ya desposeídos”¹. El cambio fue

(1) “[S]aw the region as a home now lost, themselves as natives now dispossessed”. John R. Chávez, *The Lost Land: The Chicano Image of the Southwest*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984, pág. 23. Esta traducción al español es mía, como lo son las otras que aparecerán en este artículo. En el caso de toda cita proveniente de un texto escrito en inglés, doy mi traducción al español y luego la cita original en la nota correspondiente.

no sólo rápido sino global; en lo que es ahora California, por ejemplo, para el año 1850 el número de angloamericanos era ya tres veces la población hispana, o sea que, en dos años, los angloamericanos habían pasado de ser la minoría a convertirse en una mayoría absoluta². Y muchas veces despótica. Chávez recoge la observación del historiador James Miller Guinn de que la población mexicana era tratada por el elemento más bajo de los invasores angloamericanos “como extraños e intrusos que no tenían cabida en su tierra natal”³. Posteriormente, la expropiación de tierras nacionales mexicanas, fenómeno creador del chicano, se vio acompañada de sucesivas inmigraciones que iban incrementando la población hispana en Estados Unidos⁴.

El latino en Estados Unidos es, pues, la persona de sangre hispana cuya cultura de origen familiar es latinoamericana. En un país tan heterogéneo como Estados Unidos, la cuestión de la sangre inevitablemente se complica. Según la nomenclatura del gobierno estadounidense, que ha pasado por una serie de laberintos verdaderamente bizantinos en materia de terminología, la persona latina o hispana es legalmente la que tiene la cuarta parte de sangre hispana. Las definiciones de algunos estudiosos, como Alfredo Matilla Rivas, que tanto hizo en Puerto Rico para atraer la atención respetuosa de la intelectualidad isleña sobre la producción cultural de ese otro Puerto Rico, el continental, establecen como criterio primordial el uso, el cultivo de la lengua española. Aunque la lengua es, innegablemente, portadora de la cultura, estamos en desacuerdo con este criterio. En el Sudoeste de Estados Unidos, a dos o tres generaciones de chicanos se les erradicó el español, con excepción de un núcleo de léxico casero en el hijo mayor de la casa, por la amorosa respuesta de los padres a la actitud terminante de las escuelas públicas y religiosas, que, con pocas excepciones, impusieron el uso y cultivo exclusivos del inglés y castigaban el uso del español, situación bien documentada en textos de Américo Paredes, Mary Helen Ponce, Gloria López-Stafford y muchos otros⁵. En muchas familias hispanas se pasó al uso exclusivo del inglés en la casa, menos con los abuelos, cuando el primer hijo comenzaba la primaria. Adelantaron más esta situación las iniciativas de LULAC, la League of United Latin-American Citizens o Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos, fundada en Corpus Christi, Tejas, en 1929 para responder a la dramática erosión de voz, dignidad y poder del latino en las tierras expropiadas en el siglo XIX por Estados

(2) Chávez, op. cit. pág. 44.

(3) “[A]s aliens and intruders who had no right in the land of their birth”. Chávez, op. cit. pág. 48.

(4) Ya están al alcance del investigador abundantes testimonios sobre el desplazamiento de los mexicanos en las tierras conquistadas y su vida de exilio interior. Dos textos y estudios valiosos referentes a California, tierra evocada en *Imaginary Parents*, son los siguientes: “Nineteenth Century Mexican Californians a Conquered Race: From Landowners to Laborers and ‘Tenants at Will’” de Antonio Ríos-Bustamante, en *Regions of La Raza*, ed. por Antonio Ríos-Bustamante, Floricanto Press, Encino, California, 1993, págs. 237-69; “For me the placers were finished” de Antonio Franco Coronel, en *Foreigners in Their Native Land* (1973); y el excelente estudio de Genaro Padilla sobre la perspectiva femenina, “Yo sola aprendí: Contrapatriarcal Containment in Women’s Nineteenth-Century California Personal Narratives”, *The Americas Review* 16.3-4, otoño-invierno 1988, págs. 91-109.

(5) Véanse, por ejemplo, la novela *George Washington Gómez* de Américo Paredes (Arte Público Press, Houston, Tejas, 1990), la autobiografía *Hoyt Street* de Mary Helen Ponce (University of New Mexico Press, Albuquerque, 1993) o las dolorosas memorias de Gloria López-Stafford, *A Place in El Paso* (University of New Mexico Press, Albuquerque, 1996).

Unidos. LULAC propugnaba la asimilación a la dominante minoría angla para evitar el continuo desgaste producido por la constante necesidad de la defensa ante la agresión polícticocultural del angloparlante en tierras tejanas, californianas y de todo el actual Sudoeste estadounidense y por el enfrentamiento mexicano, en su propia tierra, con los invasores⁶. Además, en la región fronteriza, en las llamadas Borderlands, hubo desde siempre una mezcla a nivel de sangre, lengua, cultura, proceso acelerado a partir de los años 60. Por ende, la lengua española no siempre se habla dentro y fuera de la casa, aunque la persona o la familia se considere hispana.

En las tierras fronterizas como territorio físico más extenso donde se desempeña el drama de los espacios lingüística y culturalmente liminales en Estados Unidos, la teoría reinante sostiene que los cruces y recruces han creado un tercer territorio que toma partes de los dos lados de la arbitraria línea divisoria, se hace de los dos y, sin embargo, existe aparte, constituyendo, precisamente por el roce y la mezcla, un tercer país, culturalmente hablando. En la película “Lone Star” del imaginativo y original cineasta John Sayles, uno de los mejores directores del cine actual estadounidense, que rechaza los moldes hollywoodenses, el incesto involuntario de los protagonistas Sam Deeds y Pilar Cruz sirve de metáfora de la perpetua liminalidad de las Borderlands: el hispano y el anglo están profundamente compenetrados en su aproximación y alejamiento, su identidad y diferencia. Aprenden los pasos de la danza perpetua del yo y el otro, hechos uno y dos⁷.

Selena Quintanilla Pérez, conocida como Selena, la cantante de la música denominada tejana y mezcla, a su vez, de las dos culturas, es, y sigue siendo desde la muerte, la hija quintaesencial de las Borderlands. Culturalmente hispana cien por ciento, creció hablando inglés en la casa, en la escuela, en la calle. Aprendió el español ya de adulta, y primero el español cantado —lenguaje universal siempre— sin llegar a dominar totalmente nunca el español hablado. Sin embargo, se sentía en casa por un lado de la frontera y por el otro. Perteneecía, como hija de las Borderlands, desde su tercer país, a todos⁸.

Y es que las Borderlands en Estados Unidos están llegando a ser todas las regiones del país —la frontera portátil—, llevando a un fenómeno que llamo el fin de la invisibilidad. El latino en Estados Unidos, como otras personas minoritarias, ha comentado mucho la sensación de estar presente en la sociedad pero culturalmente invisible, experiencia desconcertante y enfurecedora y, para la sociedad mayoritaria, una inmensa pérdida. Ya no. Robert Aponte y Marcelo Siles del Centro de Investigación Julián Samora de la Universidad Estatal de Michigan, en un estudio del 96 titulado “Latinos to Emerge as Largest U. S. Minority in the Coming Decade”, haciendo proyecciones basadas en cifras del departamento del censo de Estados Unidos, pronosticaron que para el año 2005

(6) Para una discusión de la forja y el papel de LULAC, véase Chávez, págs. 113-116.

(7) “Lone Star”, dir. John Sayles. Castle Rock Entertainment, 1996.

(8) El antropólogo cultural José E. Limón de la Universidad de Tejas, Austin dedica un capítulo de su libro *American Encounters* (Encuentros americanos) a Selena: “Domination, Death, and Desire: The Vicissitudes of Innocence”, en *American Encounters*, Beacon Press, Boston, 1998, págs. 169-206.

podría haber 38 millones de latinos en Estados Unidos y, para el 2030, 76 millones. Esta cifra representaría para entonces más de la cuarta parte de la población de Estados Unidos. Según Aponte y Siles, si se cumplen estos pronósticos, en el 2030, uno de cada cuatro estadounidenses será hispano⁹. Este proceso, que ya se está reflejando en todas las manifestaciones culturales del país, se conoce como la hispanización de Estados Unidos. Un estudio de Himilce Novas del 94 ya proyectaba que para el año 2010, la sexta parte de la población del país sería latina¹⁰.

En realidad, el proceso se ha acelerado más que en el pronóstico de Aponte y Siles. El censo de 2000 comprobó el incremento de la población latina o hispana en Estados Unidos y reveló los profundos cambios demográficos existentes en el país¹¹. El incremento más radical se registraba en el Sureste de Estados Unidos. Carolina del Norte y Georgia son los dos estados que acusaban las mayores tasas de crecimiento. En enero de 2003 el gobierno actualizó las estadísticas sobre la población latina, que ha alcanzado los 37,1 millones en un territorio nacional de 288 millones, haciéndose el sector minoritario más numeroso de un país abundantemente heterogéneo en que los discursos minoritarios son muy significativos en el diálogo nacional, con implicaciones legales, jurídicas, educativas, sociales y culturales. Estos discursos, por ejemplo, desempeñan un papel importante en la revisión del canon literario estadounidense y en las llamadas “guerras culturales” en el ámbito académico en torno a dicho canon. La ampliación de opciones de nomenclatura o autoidentificación en el Censo 2000 es un marcador más del reconocimiento nacional de latino. En cuanto a los términos *latino* e *hispano*, la gente ha solido identificarse más según su cultura de origen familiar —colombiano, peruano, mexicano— que como miembro de un grupo más global. Si tiene que elegir entre *hispano* y *latino*, la preferencia no es ni mucho menos universal. Sin embargo, *latino* ha sido el término preferido por organizaciones de activismo político como asimismo por el ámbito académico y por instituciones gubernamentales. El vocablo *hispano* evoca, por supuesto, la vinculación ibérica, provocando la discrepancia de personas y grupos cuyo país de origen cultural tiene un importante componente indígena por conllevar una connotación de conquista y no incluir una afirmación del mestizaje. El término *latino* remonta al imperio romano y así parecería connotar una implícita relación de dominio y sumisión. Sin embargo, subraya el origen de sangre y cultura del latino en Estados Unidos con la vasta región comúnmente denominada Latinoamérica.

Relaciono con el fin de la invisibilidad del latino la enorme producción literaria latina, un cuerpo literario que tiene como su eje constante una dinámica de calibración, la continua medida de la distancia y la proximidad en relación con la cultura mayoritaria.

(9-11) Véanse Robert Aponte y Marcelo Siles, “Latinos Capture Bulk of Population Growth in Midwest—All Groups’ Income Down Over 1980s”, *Nexo: The Newsletter of the Julián Samora Research Institute* 2.2, invierno 1994., págs. 1-3 y “Latino to Emerge as Largest U. S. Minority in the Coming Decade”, *Nexo* 4.2, invierno 1996, págs. 1-3, 8-10.

(10) Himilce Novas, *Everything You Need to Know About Latino History*, Penguin, Nueva York, 1994.

(11) Véase CENSUS 2000. U. S. Census Bureau.

No es sorprendente, entonces, que esta literatura incluya una abundancia de textos testimoniales de escritores latinos y, de modo muy importante, latinas en Estados Unidos. Escritoras como Sandra Cisneros, Norma Elia Cantú, Mary Helen Ponce, Nicholasa Mohr, Judith Ortiz Cofer y Esmeralda Santiago están dando constatación de una presencia y una experiencia femeninas de ser latina en Estados Unidos. Imaginary Parents: A Family Autobiography pertenece a este grupo de exploraciones testimoniales de la experiencia de ser mujer y latina.

La obra es el producto de dos hermanas y dos medios artísticos. Sheila Ortiz Taylor es novelista, autora de tres obras y profesora de literatura y de creación literaria en la Universidad Estatal de la Florida, Tallahassee, mientras que Sandra Ortiz Taylor, radicada en San Francisco de California, es practicante del arte de instalación, haciendo collages con objetos encontrados. En su colaboración en el presente proyecto, Sheila compone el texto y Sandra agrega fotografías, en blanco y negro en su mayor parte, de 21 piezas, que se incorporan al libro mediante la imagen fotográfica y el comentario de la artista sobre cada pieza. Así como el texto escrito y los textos gráficos y tridimensionales surgieron de extensas conversaciones en que la memoria siempre, según las autoras, obraba de modo discrepante en cada una de ellas, la recepción del texto también se lleva a cabo mediante un proceso dialógico de palabras e imágenes intercaladas.

Las dos hermanas apenas cumplen con el requisito federal para ser hispanas o latinas: tienen precisamente la cuarta parte de sangre hispana. Su madre, Juanita Shrode, era hija de una madre mexicana, conocida como Mymama en el texto y obviamente adorada e imitada por las hermanas, y un padre tejano de ascendencia alemana. El padre de las hermanas es, también, tejano y descendiente de alemanes. Pero, como la cultura que habita la familia son las Borderlands, no es contradictoria la situación imperante según la que la madre no hable español aunque el padre anglo sí, y que éste porfíe en su intento de enseñárselo a su esposa ante la perpetua resistencia de ella. Sin embargo, la esposa, Juanita, madre de las autoras, es culturalmente hispana. En su modo de acercarse a las situaciones, en sus rituales, valores y creencias, en su apego a la cultura de su propia madre mexicana, y en su físico, es chicana. Ambas hijas, las autoras, se identifican con esta cultura heredada a su madre y su abuela, en cuya casa bulliciosa y cuya cocina en perpetua producción pasaban mucho tiempo. El “Ortiz” del nombre de ambas es el apellido de Mymama, no de la madre de ellas, mientras que el “Taylor” es el apellido paterno. La madre, entonces, que no habla español aunque lo entiende, se sabe hispana, sin cuestionamiento, mientras que lo que tienen las hermanas de lengua española durante su crecimiento lo adquieren del lado paterno.

El bagaje cultural que representan las autoras es también una cultura californiana, específicamente de California del Sur, culturalmente tan distinta todavía hoy —tal vez más que nunca, hoy— de la de California del norte. El tipo de cama que usan los padres (dos camas tipo Hollywood, unidas y separadas como la familia misma), la perpetua tensión en la casa entre permanencia y transitoriedad —la casa que diseñó el talentoso padre músico y abogado a nivel profesional se ponía a la venta con una regularidad predecible

pero siempre desconcertante, sin venderse nunca— y, más que nada, el afán de auto-inventción y reinventción de estos dos seres hermosos los califica, en el texto testimonial creado por sus hijas, de californianos del sur. El título de la obra evoca un imaginario: de los espacios liminales de las Borderlands, de la creación y continua renovación de identidades de *glamour*, de la posibilidad plenamente factible de elegir su identificación cultural, étnica, de ser hispana sin hablar español, de hablarlo con comodidad y naturalidad idiomática sin ser hispano. Son hijos ambos, padre y madre, de las Borderlands. Pero sobre todo es el imaginario presente y construido, reconstruido por las dos hermanas Ortiz Taylor, de la huidiza verdad de estos bellos padres cercanos y distantes, inasequibles para sus hijas y tal vez, a fin de cuentas, uno para otro. Es una construcción hecha a la fuerza, para entender su mundo, una reconstrucción a la vez complementaria y mutuamente discrepante.

Sandra Ortiz Taylor, en sus notas de introducción al principio del libro, señala que:

Nuestros padres eran personas guapas, atractivas, aun según las normas de Hollywood. Creo que crecimos mi hermana y yo un poco asombradas por nuestros hermosos progenitores. Venían de familias obreras pobres y estaban decididos a no duplicar las vidas de sus padres. Lograron, juntos, vivir el Sueño Americano al estilo de California del Sur. Era como si se inventaran¹².

El retrato de este mundo de belleza inasequible de unos padres deseados y distantes hace de este texto testimonial una especie de biografía del deseo, una “deseografía”, para usar el término de la escritora española Maruja Torres. La deseografía tiene una doble corriente: por una parte, la documentación a través de la memoria de los yoes narrantes —narrando una mediante un texto hecho de palabras y la otra mediante un texto visual, gráfico— que no duplica sino que subvierte la construcción de imagen efectuada por los padres, de las actuaciones de su mutuo deseo de construir una identidad hollywoodense, y del deseo de las hijas, como seres narrados, de ser incorporadas, de formar parte de las añoranzas maternas y paternas y tener cabida dentro de ellas. Como réplica y reconfirmación de esta deseografía, las autoras construyen una desconstrucción, retratando la destrucción latente, imperfectamente disfrazada, que yacía, a poca profundidad, debajo de la imagen de *glamour* tan elaborada y conscientemente construida por los dos adultos adorados desde lejos. El complejo acto de rememoración que así completa el cuadro familiar supone no sólo el incumplimiento del deseo sino también la otra cara de lo deseado, mucho más aparente para los yoes narrantes, como producto de la criba de años de reflexión, que para los yoes narrados, aunque las hijas, de niñas, o por lo menos como niñas recordadas, percibían intuitivamente las manchas en la superficie de las cosas.

(12) “Our parents were handsome, attractive people, even by Hollywood standards. I think my sister and I grew up a little in awe of our glamorous progenitors. They had come from poor working-class backgrounds and they were determined not to duplicate the lives of their parents. They managed, together, to live out the American Dream, Southern California style. It was as if they invented themselves”. Sheila Ortiz Taylor y Sandra Ortiz Taylor, *Imaginary Parents: A Family Autobiography*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1996, pág. XV (énfasis mío).

Como las frecuentes caries que llenaban de plata la dentadura blanca y perfecta de Juanita y vaciaban de plata el bolsillo familiar, el deterioro de la imagen cultivada vivía contenido dentro de ella, como parte íntegra e ineludible.

La disposición del espacio físico que habita la familia sugiere la problemática situación del espacio anímico. Según el plano de esta casa diseñada por el padre “para que cada necesidad humana se cumpla, preferentemente antes de experimentarse”¹³:

[L]a sala está separada del resto de la casa y sólo se puede llegar a ella saliendo de la casa y atravesando una veranda. Este arreglo, como tantos otros que tenían que ver con nuestro hogar, es extraño, pero mi hermana y yo no empezaremos a entender hasta qué punto es extraño hasta cuatro o cinco décadas después¹⁴.

El espacio físico fragmentado se desestabiliza más por la intromisión de la temporalidad: la apariencia periódica del anuncio “For Sale by Owner” (“Se vende”) delante de la casa, obligando a la familia a vivir en una perpetua espera del momento en que, según el plan consagrado del padre, o se mudan a México o viajan alrededor del mundo en barco de vela.

Para navegar por los espacios físicos de la casa familiar, pues, había que saber llegar. Los otros espacios habitados, los anímicos, tenían entre ellos distancias no tan salvable. Estas distancias, esta sensación de ser espectadoras de la vida familiar, el estar mirando desde afuera un mundo de adentro —del interior de otras personas—, un mundo tan mágico y atrayente como cerrado y vedado, también se percibían como normales, aunque dolorosas, como parte de esas arbitrariedades adultas que son para la niña o el niño la realidad transmitida. Su aceptación dentro del mundo narrado y su cuestionamiento en el proceso narrativo y artístico marcan la divergencia entre yo narrado y yo narrante, binomio que caracteriza todo texto testimonial, confiriéndole inestabilidad creadora.

Es en este nuevo espacio abierto donde los yoes narrantes miden las fisuras que existían en la vida conscientemente representada por los padres, autores ellos, aunque no omniscientes ni mucho menos omnipotentes, de un texto vivencial. Los periódicos terremotos ensanchan las grietas abiertas, hasta que el definitivo derrumbe deshace la invención. Uno de los trece hijos de la adorada abuela materna, Mymama, abusa a su esposa, que se suicida el día de la Navidad, mientras la familia extensa los espera en otra casa. Mymama misma, corazón y piedra de toque de la familia, se muere; a los siete meses justos, Mypapa se suicida en su casa, en la cama que había compartido la pareja durante sus décadas de vida conyugal. El padre de las autoras, superviviente de dos ataques al corazón, sucumbe al llegar el tercero cuando Sheila tiene doce años y Sandra, quince. La vida

(13) “[S]o that every human need can be met, preferably before it is experienced” Op. cit., pág. 7.

(14) “[T]he living room is separate from the rest of the house and can only be reached by going outside and traversing a veranda. This arrangement, like so many others having to do with our household, is strange, but my sister and I will not begin to comprehend just how strange for four or five decades”. Op. cit., pág. 21.

inventada, inútil a fin de cuentas el afán de control de sus generadores, se acaba, iniciándose un viaje de descubrimiento tras el año entero en que la madre, la hermosa Juanita, absorta en su propio dolor, deja abandonadas emocionalmente a sus hijas. La familia se muda a México, cumpliendo así el sueño del padre, y en el proceso reinventándose y creciendo.

El final de la obra, en que la narradora se encuentra a punto de dormirse en una noche lluviosa en la casa de una prima en Tepotzlán, México, situada en la orilla de un río que da la vida y se la lleva, marca la circularidad de este texto testimonial. Anuncia la narradora el inicio de un cuestionamiento radical.

Algún día nos vamos a volver juntas, de custodias, mi hermana para pintar, yo para escribir. Nos lo prometemos.

...

En esta casa bajo las estrellas nos dormiremos, soñando el pasado en tropos y signos y símbolos, iniciando el arte peligroso de hacer que quepa todo otra vez en el corazón de una niña¹⁵.

Un arte peligroso, subversivo, precisamente por habitar ambas, creadoras y creación, los espacios múltiplemente liminales que son las Borderlands, por vivir entre dos luces: entre la cultura mexicana y la angla; entre la lengua española paterna y el inglés materno; entre un padre y una madre luminosos, estrellas tan frágiles y temporales como lejanas; entre el pasado vivido y el presente y futuro diseñados por estos padres, entre vida e invención; entre el yo narrado y el yo narrante; entre la confusión y extrañeza de antaño experimentadas por estas dos hijas de un Hollywood tan falso, y tan auténtico, como el de las estrellas y la comprensión reflejada en el texto artístico, comprensión a su vez susceptible de sucesivos reajustes y futuras renegociaciones. La identidad perpetuamente fronteriza, producto del intercambio entre imaginario y experiencia, afirmación y réplica, imagen y palabra.

(15) "One day we will come back together as caretakers, my sister to paint, I to write. We promise each other.

...

In this house under the stars we will fall asleep, dreaming the past into tropes and signs and symbols, beginning the dangerous art of fitting it all back inside the heart of a child". Op. cit., págs. 256-257).